

Revista Boliviana de Ciencia Política

Vol. 1, Núm. 1

ISSN: 2521-5469

Artículos

La ciencia política en el primer cuarto del siglo XXI

Manuel Alcántara Sáez

Narrativas de lo político en la ciencia política boliviana

Fernando L. García Yapur

Does 'ethnic' voting explain electoral support for the MAS?

A multivariate analysis using municipal-level data

Miguel Centellas

¿Cambio o cumbia?

Análisis de la iniciativa de agenda en América Latina

Yanina Welp

Orestes Suárez Antón

La calidad de las decisiones judiciales en Cortes Supremas:

Definiciones conceptuales e índice aplicado a once países de América Latina

Santiago Basabe-Serrano

Cinco tesis sobre gobernabilidad local y procesos de descentralización en América Latina

Gerardo Berthin

Política, poder y Estado

Luis Claros

Reseñas

REVISTA BOLIVIANA DE CIENCIA POLÍTICA

EDITOR GENERAL

Julio Ascarrunz

CONSEJO EDITORIAL

Diego Murillo

Marcelo Peralta

Erich Kierig

José María Paz

ASOCIACIÓN BOLIVIANA DE CIENCIA POLÍTICA

María Paz Salas

PRESIDENTA

Diego Murillo

SECRETARIO GENERAL

Erich Kierig

PRIMER SECRETARIO

Marisol Bilbao

COORDINADORA NACIONAL

Marcelo Peralta

José María Paz

Julio Ascarrunz

VOCALES

Karina Torrico

REPRESENTANTE EN COCHABAMBA

Romano Paz

REPRESENTANTE EN SANTA CRUZ

La Revista Boliviana de Ciencia Política (RBCP) es una publicación semestral editada por la Asociación Boliviana de Ciencia Política (ABCP). Los contenidos de los artículos y reseñas no expresan las visiones de la ABCP ni las instituciones a las que los autores pertenecen.

La ciencia política en el primer cuarto del siglo XXI

Political science in the first quarter of the 21st century

Manuel Alcántara Sáez*

Resumen

Tras consolidarse como disciplina en la segunda mitad del siglo XX, la Ciencia Política entró en una edad dorada que, no obstante, requiere confrontar los nuevos retos surgidos al entrar en el tercer milenio como resultado de los profundos cambios registrados en la sociedad, en la comunicación y en la economía. El impacto de nuevas tecnologías y el desarrollo de un escenario global son imperativos que empujan a nuevas definiciones del *demós* y a las formas de acción colectiva que en algunos casos sostienen y en otros acompañan a las relaciones de poder. Los avances registrados en otras disciplinas requieren más que nunca visiones transversales para afrontar el conocimiento de la política.

Palabras clave: Ciencia política, globalización, identidad, crisis de la representación, minería de datos, grandes datos, inteligencia artificial

Abstract

After consolidating as discipline in the second half of the 20th century, political science entered a golden age, which, however, required confronting the new challenges arising when entering the third millennium as a result of the profound changes in society, in the communication and the economy. The impact of new technologies and the development of a global stage are imperatives that push to new definitions of the *demós* and forms of collective action in some cases hold and other accompanying power relations. The progress made in other disciplines require more than ever cross visions to deal with the knowledge of politics

Key words: Political science, globalization, identity, crisis of representation, big data, data mining, artificial intelligence

* Es catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca. Sus líneas de investigación versan sobre política comparada latinoamericana referida fundamentalmente al estudio de las élites políticas, los partidos políticos y los procesos electorales. Fue el primer secretario general, entre 2002 y 2007, de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Correo electrónico: malcanta@usal.es

Introducción

La reflexión en torno a la Ciencia Política en términos epistemológicos y metodológicos ha llamado mi atención desde hace 25 años y los resultados de la misma se encuentran en sendos trabajos (Alcántara, 1993 y 2009). Partiendo de una línea argumental que defiende por encima de todo a la política comparada, tanto en lo que se refiere al cariz de subdisciplina que esta tiene como al vigor que confiero al método comparado, soy consciente de estar lidiando con un ámbito del conocimiento con características muy específicas que se ve fuertemente afectado por los valores (Almond, 1990) y por el contexto (Nohlen, 2007). Ello supone la necesidad de identificar los cambios que se han registrado en el último cuarto de siglo como el panorama que se avizora al menos para la próxima década. Unos y otro están fuertemente influidos por dos fenómenos que han adquirido carta universal de carácter irreversible. Se trata del nuevo escenario definido por la globalización y del impacto en la investigación de tecnologías novedosas surgidas en el seno de la comunicación y de la información cuya potencia a la hora de capturar y de manejar datos es incuestionable. Si la obtención de datos en las ciencias sociales siempre se consideró como un limitante de las mismas frente a las ciencias físicas o de la naturaleza, hoy esta constricción ha dejado de existir y se alza el reto de su manejo.

El presente artículo, de carácter fundamentalmente propositivo y ensayístico, se articula en tres partes. En la primera se hace referencia a las discusiones ya clásicas establecidas en la madurez de la disciplina sobre el sentido de la misma a las que se incorporan textos que mantienen todavía una visión ortodoxa de la Ciencia Política que han visto la luz en el último lustro. En segundo término se abordan problemas políticos de reciente aparición o de significado más relevante en el momento actual que han ido saliendo a la luz paulatinamente sobre los que la disciplina tiene pendiente dar respuesta asumiendo su centralidad. En tercer lugar se incorporan los nuevos mecanismos de análisis que se encuentran a disposición de la investigación hoy en las ciencias sociales, y por extensión en la política, y que apenas si están siendo tenidos en consideración, así como se plantean las necesarias relaciones a establecer con otras disciplinas. Se concluye con consideraciones a tener en cuenta en el futuro inmediato.

La edad de oro de la Ciencia Política

Por su nivel de desarrollo el inicio del nuevo milenio ha sido testigo de una suerte de edad de oro de la Ciencia Política que se da prácticamente a nivel planetario y, en concomitancia, en el ámbito lingüístico del español como área de referencia. Esta afirmación viene avalada por tres grupos de elementos constituidos, en primer lugar, por la cifra de centros y de programas académicos referidos a la disciplina con el consiguiente número de egresados que se extiende en una gran cantidad de países. En segundo término, se ha producido una enorme expansión de las publicaciones especializadas en diferentes formatos, teniendo especial presencia el de las revistas que someten sus manuscritos a un proceso de revisión externo “doble ciego”. Finalmente, se ha incrementado mucho el conjunto de las asociaciones profesionales que van desde el ámbito internacional al regional llegando al

propriadamente nacional, ello se asocia a su vez con la proliferación de congresos amplios y de especialización temática variada que se reúnen periódicamente¹.

Este escenario de floración de la disciplina está vinculado al menos con dos factores. La expansión de la democracia de la mano de la reconfiguración de lo público es el primero de ellos. Supone la revalorización de un *demos* definido por derechos universales donde se hace efectiva la libertad y la igualdad política, y de todos los mecanismos de la representación que se convierten en objeto de estudio (elecciones, partidos y poderes basados en la representación), así como de todo lo vinculado con la esfera pública que va desde los nuevos significados identitarios hasta los instrumentos de acción pública que configuran el mundo de las políticas públicas. El segundo está relacionado con los procesos de modernización social que tienen su impacto en el incremento de las clases medias que demandan la apertura de nuevos estudios y su correlato con la expansión del Estado y de la sociedad civil proyectado en el desarrollo de la Universidad en cuya expansión se abren nuevos centros o facultades, donde se casa el juego de oferta y demanda en el seno de los estudios politológicos.

Este es un escenario que se da en el ámbito iberoamericano² a partir de la segunda mitad de la década de 1970 de manera irreversible afectando tarde o temprano a prácticamente la totalidad de los países. La evidencia es muy numerosa y se recogen cada vez más sesiones en Congresos diferentes dedicados al tema. Lo que ello lleva consigo es la homologación con otras partes del mundo que habían vivido procesos similares décadas antes y en salvadas ocasiones antes de la llegada del siglo XX³.

El denominador común de esta época conlleva referirse a una Ciencia Política desligada de disciplinas en las que obtuvo cobijo con anterioridad como eran la Filosofía, el Derecho y la Historia, así como, en tiempos más recientes la Sociología, la Psicología o la Economía (en su vertiente “macro” y de economía política). Se trata, por tanto, de una disciplina que construye su propia maraña metodológica con una decidida vocación empírica (Monroe, 1997) y atenta a los nuevos instrumentos de medición de la pulsión individual que tanto defendió el conductismo a través de la utilización de encuestas y el consiguiente uso de la estadística; un tipo de estudio que, a partir de ahí, se ha ido aproximando paulatinamente a otras técnicas cuantitativas en búsqueda de una dureza epistemológica suficiente para competir con otras en pro del requerido rigor y de la científicidad⁴. De ahí que fueran la nota dominante el cálculo diferencial ligado a la teoría de juegos, la modelización de comportamientos, la preocupación en la medición de las variables y el uso de programas de soporte informático cada vez más sofisticados.

¹ La Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP) mantiene un grupo de trabajo al respecto en el que se pueden encontrar evidencias de lo aquí señalado. Ver http://alacip.org/?page_id=2256. Ver igualmente la publicación RELACIP (2010).

² Uso este término para dar cabida a los países de América Latina a los que se añaden España y Portugal. Todos constituyen un conjunto con procesos muy similares a la hora de avalar el argumento aquí desarrollado.

³ La producción bibliográfica en América Latina a este respecto ha sido muy relevante, sirvan como ejemplo los trabajos en tres décadas diferentes de Pinto (1995), Alarcón Olguín (2006) y Tanaka y Dargent (2015).

⁴ Y también en la competencia por recursos de investigación, además de la consiguiente búsqueda de prestigio y de reconocimiento.

Paralelamente, se da también la pugna en torno a la neutralidad valórica de la Ciencia Política. Articulada en una militancia evidente a favor de la democracia y sus valores concomitantes durante la Guerra Fría, los trabajos de David Easton, Gabriel Almond y Robert Dahl, entre otros, apuntalan una dirección indudable en ese sentido. Sin embargo, el propio Almond (1990) poco después se va a encargar de advertir la existencia de una comunidad que, usando una metáfora muy afortunada, se sienta en mesas separadas, dividida en el terreno metodológico por la pulsión entre los partidarios de los métodos cuantitativos frente a los de los métodos cualitativos, por un lado, y entre los politólogos de izquierda (liberales) y los de derecha (conservadores) en la arena de la ideología, por otro.

Durante este periodo que se desplaza a lo largo del siglo XX y se intensifica en su segunda mitad, la Ciencia Política llega a encontrar un consenso en su objeto de estudio dentro del proceloso terreno de las familias temáticas que la integran. Si bien el poder es la permanente preocupación central, su estudio queda constreñido al de las instituciones que se yerguen como el hilo conductor entre una tradición jurídica que tenía al Estado y a la esfera pública como centro de su intervención. Una tradición historicista que ve en el desarrollo de las instituciones a constricciones afectando a la interacción entre los individuos para evitar la siempre preocupante y peligrosa incertidumbre (North, 1990), en lo que constituye la senda del neoinstitucionalismo histórico (Pierson y Skocpol, 2008), y, finalmente, la tradición económica de los bienes públicos (Olson, 1992) y de las preferencias de los actores racionales (Downs, 1957; March y Olsen, 1984). El poder, objeto sempiterno de la Ciencia Política, queda encasillado (¿formalizado?) primero en el concepto de sistema político, gracias al trabajo de Easton (1953), y después en una variada gama de instituciones ocupándose la disciplina en su disección tanto en la relación de los actores y su propio comportamiento con las instituciones como en la interrelación entre estas (March y Olsen, 1989).

Si bien la Ciencia Política articula su desarrollo en campos como la teoría política, el comportamiento político, las políticas públicas y la administración pública, las instituciones representativas y las relaciones internacionales, el común denominador está fijado durante décadas. Además, persiste una clara vocación comparada que sirve, además de constituir una aproximación metodológica clásica, para desvestir lo parroquial de quienes centran su análisis en dinámicas de corte local o incluso nacional bajo el prisma del estudio de caso y, de cierta manera, de la excepcionalidad. En este sentido, ya Deutsch (1963: 16) es un pionero en pleno esplendor de esta edad dorada al señalar la importancia del comparativismo, animando a que se consigan “modelos capaces de representar el comportamiento de la totalidad de los sistemas de decisión”. Lo relevante es el énfasis que pone en la idea doble de que estos modelos deben ser realistas (similares al sistema empírico en aquellos aspectos con los que se tiene que tratar) y económicos (más simples que la situación modelada). Esta es la base sobre la que tiempo más tarde Lijphart (1989), Sartori (2002), y Landman (2011) elaboran sus aproximaciones que tan gran impacto tendrán en la disciplina.

Si la política comparada es una esfera de la disciplina distintivamente definida por la utilización de un método concreto, durante la segunda mitad del siglo XX la literatura sobre política comparada va a inundar los anaqueles de las bibliotecas. Sin dejar de estar presente la

centralidad del método, como puede constatar en los influyentes trabajos de Charles Ragin, David Collier y Juan J. Linz, entre muchos otros. Sartori (2002), no obstante, no ha dejado de sentirse insatisfecho ante los resultados de una disciplina con problemas, según su propio diagnóstico, en sus ámbitos lógico, metodológico e incluso lingüístico que le alinean con la advertencia de Przeworski, cuando señala que lo esencial del método comparado “no es la comparación sino la explicación”. Precisamente es la propia demanda de científicidad de la disciplina la que va a requerir que la explicación, basada en la búsqueda de relaciones causales, prime sobre una tradición impregnada por lo descriptivo o, de manera más elaborada, por la formulación de hipótesis al amparo del ensayismo ilustrado y enciclopédico.

Ahora bien, es interesante constatar en qué medida los denominados estilos teóricos de la Ciencia Política subrayados por parte de March y Olsen (1984) han seguido manteniendo vigencia logrando identificar los variados aspectos con los que la disciplina confronta la realidad dejando de lado el método preciso de su análisis. Hace más de tres décadas estos autores se referían a cinco estilos que, cual pentágono, enmarcaban a la Ciencia Política dando sentido a su quehacer. En primer término se encontraba el estilo contextual, interesado en ver a la política como una parte integral de la sociedad. Después estaba el estilo reduccionista con una visión de los fenómenos como las consecuencias agregadas del comportamiento individual y menos inclinado a adscribir los resultados de la política a estructuras organizadas ni a reglas de comportamiento adecuado. En tercer lugar cabía el estilo utilitario inclinado a ver la acción como el producto de un calculado interés propio y menos interesado en considerar a los actores políticos respondiendo a obligaciones y a deberes. Seguidamente el funcionalista tendía a ver la historia como un mecanismo eficaz para alcanzar únicamente un equilibrio apropiado. Y, finalmente, el estilo instrumentalista se inclinaba a definir los procesos de toma de decisión y de asignación de recursos como el sujeto central de la vida política.

Resulta relevante verificar en qué medida estos estilos se encuentran asentados en los manuales de la disciplina que han visto la luz en las últimas décadas. Por referirme únicamente al caso español⁵, aunque su presencia es inequívoca en el espacio latinoamericano como se señaló más arriba, este es el caso de visiones clásicas como las de Caminal (1996) y Colomer (2001) a otras mucho más recientes, como el trabajo con una estructura muy original del propio Colomer (2009), basado en la separación entre acción, comunidad, gobierno y elección, o el actualizado de Vallés y Martí (2015) que distingue la política como estructura, proceso y resultado, y el muy actual de Barreda y Rodríguez (2016) que retorna a una visión clásica desagregando la política en 25 temas.

Como se ha afirmado antes, frente a la relativamente escasa visión innovadora en la que terminó estancándose la edad dorada donde la aparición estimulante del pensamiento de Pierre Rosanvallon (Slipak, 2012) puede considerarse como una ruptura de la monotonía al poner el acento no tanto en la crisis de la representación como en los efectos del mal

⁵ Desde una perspectiva más universal y ecléctica puede considerarse la obra compilada por Goodin y Klingemann (1996).

gobierno⁶, la disputa alcanzó un nivel de confrontación muy alto en el terreno metodológico (Rainer et al, 2012). Desde el agónico interrogante de Sartori (2004), acerca del destino de la Ciencia Política, a la puesta inequívoca por aproximaciones metodológicas cada vez más duras, la disciplina prosiguió su avance con instrumentos de análisis paulatinamente más sofisticados encontrando un punto de equilibrio en una estrategia integradora de aproximaciones cualitativas centradas en el estudio de casos (King, Keohane y Verba, 2000) con otras cuantitativas basadas en variables (Rihoux y Ragin, 2009).

El impacto de los cambios en el mundo tras el nuevo siglo

Desde la perspectiva estrictamente epistemológica abordada hasta aquí, el final del siglo corto, en términos de Eric Hobsbawm, trajo cambios notables en un contexto que se había asentado tras el establecimiento del orden internacional de después de la Segunda Guerra mundial en tres niveles muy diferentes que tuvieron un alto grado de sistemicidad. El primero se dio en el seno de las relaciones internacionales de la mano de la caída del muro de Berlín y la pérdida del referente que suponía el socialismo real; el segundo tuvo lugar en el mundo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación integrando una combinación virtuosa en la evolución de la computación y la del internet; y el tercero en el ámbito de la sociedad que adoptó una expresión líquida en el seno del paroxismo individualista neoliberal. Estas transformaciones, que habían ido teniendo expresiones evidentes en el terreno de la economía y de la cultura a partir de la década de 1970, tuvieron poco a poco un serio impacto en el orden político. Introdujeron en la agenda temas nuevos y otros viejos que se vieron redefinidos en torno al papel del Estado, así como en aspectos relativos a las identidades individuales y colectivas, aperturaron un orden global novedoso y cuestionaron profundamente las formas de intermediación tan relevantes para el propio funcionamiento de la democracia representativa que, irónicamente, había aparentado ser la única forma de legitimidad política plausible.

Repentinamente, una disciplina que parecía estar asentada en sus temas de investigación que configuraban una agenda de investigación con un amplio consenso social (democracia, estado del bienestar, cohesión social, pluralismo) comenzaba a percibir que sus cimientos se movían fruto de los cambios acontecidos. Huntington (1972, 1993 y 1996), con independencia del tratamiento concreto que dio a los temas objeto de su reflexión, fue un autor relevante porque supo intuir el salto de una agenda vertebrada en torno al concepto del cambio político y del éxito de la tercera ola democratizadora a las penurias que arrostraba el multiculturalismo donde las civilizaciones parecían abocadas a enfrentarse dramáticamente.

La Ciencia Política del nuevo milenio debía confrontar en el terreno de las relaciones internacionales la existencia de un orden global diferente marcado por el final de la bipolaridad. También se daba la incapacidad de articular un multilateralismo en el que la gobernabilidad ya no era una cuestión estrictamente del ámbito nacional sino que se elevaba a primer problema que cobraba fuerza por encima del viejo marco instaurado en San Francisco

⁶ Ver Rosanvallon (2010 y 2016).

en 1946. Esto era así por el empuje de los denominados países emergentes como China, India y Brasil, con una renovada Rusia como jugador global. En este escenario, los problemas de las sociedades tenían conciencia de ser de un ámbito planetario lejos de cualquier estrecha aproximación nacional. La ecología -ahora vinculada con el tema del calentamiento global y de la sostenibilidad-, los movimientos migratorios -azuzados por el crecimiento demográfico del mundo, las diásporas derivadas de conflictos bélicos y las crisis económicas locales-, y el terrorismo sin fronteras, surgían como nuevos asuntos ante los que la política doméstica tenía poco que hacer.

Por otra parte, la sociedad de la comunicación dinamizada por nuevas tecnologías de accesibilidad masiva abría espacios insólitos a la gente al conocimiento y al acceso a la información ya no solo como sujetos pasivos sino con capacidad de generar, el primero de manera asociativa y actuar sobre la segunda generándola. La acción colectiva, gracias a la interconectividad suplantadora de la intermediación y a la posibilidad de llevar a cabo experiencias colaborativas, imponía una nueva configuración en red (Castells, 1999) que trastocaba los supuestos del liberalismo individualista como de otras visiones de orden más estructural.

El asunto de la identidad, que había sido patrimonio académico de antropólogos, psicólogos y sociólogos permaneciendo ajeno a la Ciencia Política salvo en contadas circunstancias a la hora de entender los procesos de construcción nacional o de identificación partidista, de pronto adquiriría una relevancia muy significativa. Se tomaba conciencia de que el estado-nación, sujeto central del análisis político desde Westfalia, estaba globalizado desde su interior, como le sucedía a la familia (Beck, 2002). Paralelamente, se habían ido registrando saltos en el proceso de individualización de las sociedades, como consecuencia de las nuevas formas de desarrollo del capitalismo en clave neoliberal y de transformaciones culturales disruptoras de los viejos vínculos grupales. El resultado era una expresión líquida (Bauman, 2003) que se proyectaba sobre el funcionamiento de los mecanismos institucionales clásicos diseñados para otras épocas. Repentinamente no había clases sociales en el sentido manejado hasta entonces, ni la representación política ubicada en un escenario dieciochesco como dibujaba el accionar de los parlamentos parecía tener sentido. Los partidos políticos, ejes imprescindibles de la acción política a lo largo del siglo XX, quedaban huérfanos de sentido. Las identidades políticas se manifestaban quebradizas porque los individuos se movían en espacios de múltiples lealtades que además eran tornadizas. La Ciencia Política habituada a basar sus análisis sobre conceptos como el de pilarización partidista (Daadler, 1966) veía moverse sus cimientos.

Los enormes cambios sociales tenían un impacto notable, dejando atrás la organización social disciplinaria para sumergirse en la sociedad del rendimiento y de la competitividad a ultranza. Las consecuencias de ello suponían olvidarse de que si uno cumple con su deber podría vivir satisfecho para dar un salto hacia el paradigma de individuos exhaustos por una competitividad autoimpuesta y sin límite que les obliga a estar siempre alerta y siempre en forma, y que perciben cualquier distracción o contratiempo como una

amenaza para su carrera. Si fracasa, será por su culpa pues el neoliberalismo convierte al trabajador oprimido en empresario, en empleador de sí mismo (Han, 2012).

La gran recesión que siguió a la crisis económico financiera de 2008 puso de relieve un nuevo escenario en el que se incrementa la desigualdad en un marco irreversiblemente global; los estados benefactores entran en la senda de la austeridad a toda costa; y los individuos son agentes aislados y desprotegidos que deben competir ferozmente en el seno de la sociedad posindustrial. En su primera fase, esta va a traer consigo la pérdida de millones de puestos de trabajo como consecuencia de la revolución tecnológica algunos de los cuales no se recuperarán jamás⁷. La globalización compite, por consiguiente, con un escenario de desamparo social que exacerba soluciones en clave de proteccionismo identitario y que abre una brecha muy profunda entre los beneficiados y los excluidos del sistema. El resultado es el debilitamiento de los patrones políticos institucionalizados hasta entonces siguiendo el patrón de la poliarquía (Dahl, 1989) con el consiguiente contrapunto del alza de pautas denominadas populistas, dominadas por comportamientos emocionales, y la polarización social que plantea sustituir a la dicotomía izquierda-derecha por una configurada entre los de arriba y los de abajo, entre los incluidos y los excluidos.

La combinación de la presencia del cosmopolitismo derivado de la globalización junto con el incremento de la desigualdad, con la eliminación de los lazos identitarios ideológicos -a la vez que se potencian los generados en las comunidades virtuales-, unido al uso masivo de mecanismos tecnológicos aplicados a medios de comunicación e información dibuja un escenario político nuevo. Cuatro son, al menos, los impactos que está recibiendo la política en los dos últimos lustros ante los que la Ciencia Política apenas si está comenzando a reaccionar. El primero se da en el seno de la representación política, el segundo en las nuevas formas de transnacionalización, el tercero en el papel que la comunicación juega en la nueva sociedad postindustrial y, finalmente, se encuentra la vieja relación entre economía y política y el papel que el mercado y el estado asumen en ella.

En un escenario de completa interrelación estos impactos no se dan aislados pues configuran un entramado sistémico. Cuando en el análisis político convencional de los últimos tiempos aparecen términos como crisis de la intermediación, populismo o posverdad y se manejan contraposiciones como globalización frente a nacionalismo, multiculturalismo frente a identidad vernácula, exclusión frente a inclusión, se están abordando implícitamente dichos impactos. Por una parte, se enfatiza en el componente individual e incluso subjetivo (poniéndose énfasis en las emociones) de la acción colectiva de ahí que las concentraciones masivas de gente sigan teniendo un fuerte sentido ritual y simbólico, pero, simultáneamente, los escenarios globales que aparecen fuera de todo control (los mercados) se yerguen como demiurgos ante estados cada vez más frágiles.

⁷ La robótica y la eliminación de figuras intermediadoras clásicas como operadores, personal en ventanillas de atención al público y servicios con vocación personalizada pero sin agentes son las nuevas formas en el mundo del trabajo postindustrial que han llegado para quedarse.

En este orden de cosas, la Ciencia Política, que en gran medida sigue ensimismada en una agenda de investigación anclada en su edad dorada, está teniendo que confrontar sus análisis con dos tipos de propuestas epistemológicas. La primera procede del terreno de ciencias de una naturaleza muy diferente, centradas en el ámbito de aspectos vitales individuales. La segunda tiene que ver con la expansión de disciplinas clásicas a favor de una preocupación novedosa en aspectos muy próximos al objeto histórico de la misma que es el poder.

Desde ciencias de la vida como la Neurología y la Genética avanzan preocupaciones sobre la explicación de aspectos vinculados con el comportamiento político (aversión al riesgo, liderazgo, empatía, etc.) derivado de los circuitos neuronales⁸ (Alcántara, 2014) y, en última instancia, de los genes⁹ (Charney y English, 2012 y Hatemi et al, 2012). También desde la Economía, gracias a los innovadores estudios sobre la desigualdad¹⁰, se reintroducen factores que inciden en el papel de la fiscalidad como elemento fundamental para abordarla retando la rigidez del equilibrio propugnado por el neoliberalismo (Piketty, 2014). En cuanto a la Comunicación, proyecta su impacto en las esferas del poder llegando a ser determinante del mismo (Castells, 2009) en la doble vertiente de la concentración de los medios en manos de actores empresariales internacionales muy poderosos y en el desarrollo, a través de la tecnología, de nuevas formas de empoderamiento y de interacción de la gente.

Cuando se da la irrestricta difusión de las ideas gracias a la revolución tecnológica, los avances en estas disciplinas retan a las maneras tradicionales de aproximación de la Ciencia Política. La diferenciación entre lo público y lo privado, tan relevante en la evolución de la política en Occidente con hitos que van desde Cicerón hasta Rousseau pasando por Lutero, se desvanece. La autonomía individual se complica en un panorama contradictorio de aislamiento y de configuración de redes; además, los individuos ponen a disposición pública de forma voluntaria datos de su más estricta privacidad desligando al Estado de su clásica obligación protectora de la propiedad de los ciudadanos con respecto a sus datos personales. Nadie repara en el interés de demandar derechos de propiedad sobre los datos de uno, como pudiera tratarse de los derechos de propiedad intelectual. No solo se trata de que el poder se difumina cada vez más y más en el panorama global sino que adquiere formas novedosas por el imperio del capital financiero desplazado de un mercado a otro, de una plaza inversora a

⁸ Me refiero a aspectos que van desde el funcionamiento del cerebro a la hora de establecer la conciencia y el sentido del cosmos hasta el de expresiones más individualizadas como el papel que juegan las neuronas espejo en la construcción de la empatía.

⁹ Se trata de responder a la pregunta de si hay genes conservadores u otros que predisponen al liderazgo, por ejemplo.

¹⁰ La desigualdad en América Latina es particularmente lacerante toda vez que a pesar de la expansión de las economías de la región en los últimos tres lustros continúa siendo un problema de primer orden. En efecto, según la CEPAL en su Panorama social de América Latina 2016, a pesar de que el gasto social alcanzó en 2015 su máximo histórico: 10,5% del PIB para el gobierno central y 14,5% del PIB para el sector público (como promedio simple regional), el coeficiente de Gini para los ingresos personales en 2015 mostró un valor promedio de 0,469 para 17 países de América Latina (0 representa ausencia de desigualdad y 1 desigualdad máxima), un nivel considerado alto. Si bien el índice disminuyó 1,2% anual en promedio entre 2008 y 2012, el ritmo de descenso bajó a la mitad entre 2012 y 2015 (0,6% anual).

otra, a la velocidad de lo instantáneo, sin regulación ni fiscalización alguna, y con montos inimaginables gracias a los fondos de inversión¹¹, sino que los avances en el conocimiento del individuo pueden dibujar hipótesis explicativas en base a su estructura celular, algo que desborda a las aproximaciones humanistas clásicas.

La invasión de los datos y las nuevas formas de analizarlos

La gran revolución tecnológica suscitada con el nuevo milenio tiene uno de sus lugares centrales en dos cuestiones que están suponiendo un cambio de dimensiones históricas y cuyo impacto en la Ciencia Política es sobresaliente. Se trata de la enorme capacidad de obtener datos de los aspectos considerados hasta hace poco más inverosímiles de la actividad humana y de su posibilidad de transferirlos y de manipularlos en tiempo real. Ambos aspectos están ligados por la circunstancia de que todo lo que se hace en internet deja un rastro, es trazable y de los trazos que se crean se puede obtener información, y por el abrumador uso de esta tecnología popularizada masivamente. El binomio integrado por el denominado *big data* e internet supone la cuarta revolución industrial tras el vapor, la electricidad y la informática.

Hasta ahora, la gran debilidad de las ciencias sociales con respecto a las ciencias de la naturaleza era su pobre capacidad de capturar datos. Los datos describen hechos empíricos, sucesos y entidades, son representaciones simbólicas de un atributo o variable, bien sea de naturaleza cuantitativa o cualitativa. Para las ciencias sociales, las grandes fuentes de datos fueron tradicionalmente los censos y, desde hace un siglo, las encuestas. En trabajos más especializados los investigadores fueron construyendo sus propias bases de datos¹². Se trata, en la mayoría de los casos, de labores arduas, solitarias, y que en gran medida su componente individual hace que no se intercambien entre investigadores. El resultado de ello viene siendo la fragmentación, la existencia de dificultades en la homologación y las inconsistencias en las bases de datos. Por otra parte, suelen estar acompañadas siempre de cierto desfase de calendario, es decir, el tiempo transcurrido entre la captura del último dato y el procesamiento de la serie de datos introduce un sesgo temporal.

Hoy, la capacidad de captura de datos de muy diferente cariz es prácticamente ilimitada. Se lleva a cabo a través de numerosos mecanismos (aplicaciones) que están

¹¹ Las 20 principales instituciones de inversión colectiva manejan activos por valor de 32,3 billones de dólares, según el último estudio de la consultora Towers Watson y la publicación especializada, *Pension & Investments*. BlackRock, con un patrimonio de 4,65 billones, es la mayor gestora del mundo, seguida por Vanguard Group (3,14 billones), State Street (2,44 billones), Allianz Group (2,18 billones) y Fidelity (1,97 billones). Estados Unidos, con 11 grupos entre los 20 mayores, es el claro dominador del ahorro mundial llegando a alcanzar dos tercios de todo el patrimonio, seguido por Francia (cuatro), Reino Unido (dos), Alemania (dos) y Suiza (uno). En los últimos diez años el número de gestores de fondos independientes se ha duplicado constituyendo la mayoría del Top 20 y superando tanto a las entidades bancarias como a las aseguradoras. Los activos tradicionales representan casi el 80% del dinero en las carteras de los fondos, repartiéndose de la siguiente manera: el 45% del ahorro mundial está en renta variable y el 34% en renta fija. En los últimos años la industria de la inversión colectiva ha vivido un intenso proceso de concentración lo que tiene su reflejo en los cambios de la composición del ranking de las 50 mayores gestoras.

Ver: http://economia.elpais.com/economia/2015/11/03/actualidad/1446544738_843717.html

¹² Por ejemplo de carácter biográfico en los estudios de elites, o de producción legislativa, en los estudios sobre Parlamentos, o de sentencias judiciales, en los estudios sobre el Poder Judicial.

indefectiblemente ligados a una cantidad masiva de ciudadanos en su quehacer cotidiano (sus cifras superan el 90% en la mayoría de los países). De hecho, la información digital va a superar en cantidad a toda la información biológica que existe en el planeta (ya existe más información digital que código genético humano) y no deja de duplicarse cada treinta meses¹³. El uso de la telefonía celular a través de diferentes soportes, la pertenencia a redes sociales, la realización de compras telemáticas o efectuar consultas de todo tipo por esa vía supone la generación de un flujo constante de datos. Todos ellos se acumulan en tiempo real, lo cual representa una revolución sin precedentes en la historia de la humanidad. El agrupamiento de los mismos a través de algoritmos permite dar sentido a ese volumen proceloso y llegar a predecir pautas de comportamiento.

Las características, por tanto, del *big data*, que es el instrumento de fragmentación más poderosa que ha tenido el conocimiento, se articulan en seis aspectos que contribuyen a conferir su enorme potencial: su gran volumen, la ultra velocidad, que lleva a trabajar en tiempo real, la variedad de los datos de manera estructurada y desestructurada, la exhaustividad el alcance de los mismos, su naturaleza relacional, y su flexibilidad (Kitchin, 2014).

No solo se trata, por consiguiente, de la posibilidad de que los individuos puedan tener acceso a una participación directa en asuntos de muy diverso índole sino que su conducta puede ser predicha¹⁴ y, por lo tanto, anticipándose a la misma, se puede reconducir o actuar sobre ella preventivamente¹⁵ en un ámbito donde competencias clásicas del Estado, como ocurre en el ámbito de la seguridad, se ven cuestionadas (Lyon, 2014). Esto ha llevado, por un lado, a las agencias de publicidad y marketing a segmentar y diseñar mejor las campañas, a crear contenidos personalizados y más relevantes por perfiles de usuarios o al llamado “análisis de sentimientos”, que permite a las marcas reaccionar ante los comentarios positivos y negativos en las redes sociales. Por el otro, se amplía el desarrollo de un nuevo activismo social como queda de manifiesto tras el asunto de *WikiLeaks*, o el caso Snowden.

El internet de las cosas aplicado a farolas o a señales de tráfico en las megalópolis es un instrumento fundamental para numerosas políticas públicas urbanas que van desde cuestiones ligadas a la planificación del crecimiento, al tráfico, al diseño del transporte público, al establecimiento de horarios de trabajo, a la contaminación o a la seguridad. El planificador urbano cuenta hoy con más datos que jamás pudo soñar para llevar a cabo su

¹³ Entrevista con Martin Hilbert, ver <http://www.theclinic.cl/2017/01/19/martin-hilbert-experto-redes-digitales-obama-trump-usaron-big-data-lavar-cerebros/> Consultado el 26.03.17

¹⁴Un estudio de la Northeastern University dirigido por el profesor Albert-László Barabási, y publicado en el número de febrero de 2010 en *Science*, concluía que el 93% del comportamiento humano es perfectamente predecible. Como si fuéramos perritos de Pavlov digitales, nos movemos respondiendo a estímulos similares y siguiendo unos patrones de conducta fijos. Así pues, según el estudio, saber qué va a hacer una población determinada en los próximos días o semanas es sólo cuestión de tener el suficiente tiempo -y recursos- como para observarla. Ver “Big data: cómo nuestro rastro en la Red puede salvar el mundo” el 18.10.16 en <http://one.elpais.com/big-data-rastro-la-red-puede-salvar-mundo/>

¹⁵ “Autoridades de EE.UU. estudiarán en las redes sociales los perfiles de los aspirantes a una visa”. Ver https://actualidad.rt.com/ultima_hora/194228-eeuu-revisar-redes-sociales-aspirantes-visael 16.12.15

tarea y ello le exige concebir muy detenidamente el sentido de los mismos. La teoría sobre políticas urbanas se ve así enriquecida con la posibilidad de testar permanentemente sus hipótesis con datos masivos recibidos en tiempo real pudiendo corregir instantáneamente sus supuestos y formular nuevos de manera inmediata. La senda del ensayo-error no es una quimera y su realización se puede llevar a cabo de forma realista. Por otra parte, se da el hecho de poder combinar la extracción de datos “de origen público”, como son los generados por sensores colocados en lugares como se señala más arriba, con otros procedentes de fuentes privadas como los navegadores situados en los vehículos, en los propios teléfonos celulares o incluso en la ropa de los ciudadanos que marcan los desplazamientos efectuados y aspectos más íntimos como la tensión arterial, la sudoración o la temperatura del cuerpo. Si bien la naturaleza originaria de estos datos en la actualidad está en posesión de las empresas privadas de comunicación, al menos en el ámbito de su gestión, la propiedad de los mismos es de quien realmente los genera suscitándose una cuestión bien interesante desde la perspectiva de los derechos de propiedad y de su uso público para según qué tipo de fines.

Capturar datos buenos y fiables (*data mining*) es un requisito fundamental que cualquier disciplina tiene que tener en cuenta, pero es aun más decisivo el progreso en la analítica que haga de los datos accionables. El trabajo relevante se da a la hora de establecer algoritmos precisos que integren nuevos descubrimientos en computación con métodos estadísticos innovadores y, fundamentalmente, teorías originales en un campo de aplicación substantiva (King, en prensa), ello también conduce a la posibilidad de utilizar subconjuntos de datos (Gray et al, 2015). Realizar análisis profundos de los datos obtenidos relaciona el quehacer con formas de inteligencia artificial que están desarrollándose de manera muy sofisticada, y que, a través del *deep learning*, puede autointerpretar la información.

Esta situación plantea a la Ciencia Política la necesidad de abordar tres tipos de retos de configuración diferente. El primero se sitúa en el ámbito de la teoría y tiene que ver con aspectos que se vinculan al demos y a cuestiones relativas a la representación. Definir el demos supone encontrar el hilo conductor de su(s) identidad(es) acorde con el ejercicio de una ciudadanía ambigua que, además, tiende a representarse sin intermediación en el seno de comunidades virtuales que, sin embargo, a veces no se alejan de las originarias de pertenencia y que incluso vienen reforzadas; además, la inmediatez de los procesos introduce la posibilidad del “decisionismo inmediato” (¿para qué esperar a una votación si se puede conocer lo que la gente piensa de un determinado hecho de manera instantánea?). El segundo se encuentra en la necesidad de recolectar datos que puedan seguir una traza de acuerdo con ciertos planteamientos teóricos que ayuden a definir las hipótesis que se quieren testar; es decir, no se trata de acumular datos porque sí sino de hacerlo de una manera ordenada y con una finalidad concreta. Finalmente, los mecanismos bajo el imperio de la inteligencia artificial que quieran ponerse en marcha a la hora de tomar decisiones y de la consiguiente implementación de políticas públicas deben ser sujetos de auditoría pública de forma permanente.

Consideraciones finales

La Ciencia Política, que camina hacia cubrir el primer cuarto del siglo XXI, tiene unos retos novedosos que se han desarrollado a una celeridad como nunca antes había ocurrido sacudiendo el escenario que había configurado la edad de oro de la disciplina. No solo se trata de cambios producidos en el estricto terreno de la tecnología sino en serias transformaciones en el seno de la sociedad y en la forma en la que los individuos se asientan en ella. Como se ha señalado, la tecnología en el ámbito de la comunicación y de la información así como en la capacidad de manipulación de los datos generados está, además, en manos de la gente en una amplitud y en un plazo tan breve de su expansión como nunca antes había sucedido con un cambio tecnológico en la historia de la humanidad. Ello ha incidido enormemente en las formas de socialización de grupos muy fragmentados cuyos integrantes superponen identidades múltiples y que en el límite configuran a individuos aislados y plenamente soberanos de su individualidad, a la vez que se desarrollan esquemas cooperativos muy novedosos. La sociedad es global, pero sus integrantes tienen capacidad de generar espacios de profundo aislamiento donde pueden configurar comunidades efímeras sobre aspectos muy diferentes. Así las cosas, el demos, reducido muy exclusivamente al ámbito del estado-nación, ha sufrido cambios sobresalientes en su configuración y las relaciones de poder tienen en la comunicación un nuevo marco de incidencia, sin olvidar la actuación que se puede llevar a cabo en instancias micro en el ámbito biológico.

Hay, por otra parte, nuevas formas de poder global vinculadas a empresas que han crecido en el terreno de la comunicación y de la información que no solo tienen una presencia y una capacidad extraordinarias en el mercado sino también en el control de las audiencias (los individuos y las redes que, en su caso, conforman) así como a la hora de construir referentes simbólicos. Ante todo ello la Ciencia Política se muestra incapaz de abordar su significado, como pudiera ocurrir con el mundo virtual o con el caso de empresas multinacionales de aparición relativamente reciente y que acumulan un potencial insospechado. Apple, Google, Amazon, Facebook y Microsoft son ejemplos de ellas; muestran a carta cabal cierto monopolio de funciones asimiladas hasta hace poco a los Estados como es la de la seguridad¹⁶ o la inhibición de un derecho fundamental que salvaguardaba el Estado a los individuos de su privacidad. Por otra parte abren una compleja guerra fiscal novedosa por cuanto que se genera una doble contradicción: mientras que sus sedes son bienvenidas, por la pujanza que su personal altamente cualificado atrae al lugar de implante, sus beneficios son consecuencia de la explotación de datos obtenidos transversalmente en la geografía del orbe. No es únicamente la cuestión planteada en la

¹⁶En un artículo de Brad Smith, presidente y Chief Legal Officer de Microsoft, en *El País* del 20.05.17 se puede leer: "...Y es por ello que nos hemos comprometido a defender a cada cliente en todo el mundo frente a los ciberataques, independientemente de su nacionalidad. Este fin de semana, ya sea en Londres, Nueva York, Moscú, Delhi, Sao Paulo o Beijing, estamos poniendo en marcha este principio y trabajando con clientes alrededor del mundo... Necesitamos que el sector tecnológico, los clientes y los gobiernos trabajen de manera conjunta para protegerse contra ataques de ciberseguridad. Se necesita más acción y se necesita ahora." Ver http://tecnologia.elpais.com/tecnologia/2017/05/17/actualidad/1495013152_183704.html

década de 1970 al denunciarse el impacto que en la política generaba la presencia expansiva de las nuevas empresas multinacionales, el poder presente no radica únicamente en su cuenta de resultados o en su nivel de activos financieros sino en el control de mecanismos nuevos de poder con incidencia directa en la vida de la gente a la que pueden condicionar hasta límites solo expresados por la literatura de ciencia ficción.

Las competencias en las titulaciones de Ciencia Política en Iberoamérica, que reflejan a su vez la agenda investigadora de los integrantes de esa comunidad epistémica, están muy lejos de integrar estos nuevos retos (Betancur y Mancebo, 2017) y las redes digitales de los académicos parecen ir poniéndose al día más lentamente de lo que lo hace la mayoría de los ciudadanos (Quan-Hasse et al, 2015). Ello supone un serio acicate a la renovación de la disciplina y a la necesaria actualización en torno a procesos cuya celeridad ha desbordado con creces el escenario de la época dorada. Repensar el papel de la Ciencia Política en este contexto y plantear sus obligadas adecuaciones parece un asunto que no admite demora.

Bibliografía citada

- Alarcón Olgún, V. (coord.) (2006). *Metodologías para el análisis político empírico. Enfoques, procesos e instituciones*. Plaza y Valdés – UAM Unidad Iztapalapa. México
- Alcántara, M. (1993). “Cuando hablamos de Ciencia Política, ¿de qué hablamos?”. *Revista Mexicana de Sociología* 93 (4): 147-178.
- Alcántara, M. (2009). “Elogio de la política comparada”. *Revista SAAP* 3 (3): 697-706.
- Alcántara M. (2014). “Neuropolítica: una aproximación a la micropolítica”. *Revista Española de Ciencia Política* 35: 31-55.
- Almond, G. (1990). *A Discipline Divided, Schools and Sects in Political Science*. Newbury Park. Sage.
- Barreda, M. y L. M. Ruíz Rodríguez (2016). *Análisis de la política: enfoques y herramientas de la Ciencia Política*. Madrid: Huygens Editores.
- Bauman Z. (2003). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica: México.
- Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI de España: Madrid.
- Betancur, N. y M. E. Mancebo (2017). “¿Cómo se forma a los científicos políticos en Iberoamérica? Análisis de las titulaciones de grado en Ciencia Política en doce países”. *Revista Española de Ciencia Política* 43: 161-185.
- Caminal, M. (1996.) *Manual de Ciencia Política*. Tecnos: Madrid.
- Castells, M. (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Siglo XXI: México

- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza: Madrid.
- Colomer, J. M. (2001). *Instituciones políticas*. Barcelona: Ariel.
- Colomer, J. M. (2009). *Ciencia de la política*. Barcelona: Ariel.
- Charney E. y W. English (2012). “Candidate Gene and Political Behavior”. *American Political Science Review* 106 (1): 1-34.
- Daadler, H. (1966). “Parties, Elites, and Political Development in Western Europe”, en J. Lapalombara y M. Weiner (eds.) *Political Parties and Political Development*. Princeton University Press: Princeton.
- Dahl, R. [1971] (1989). *La poliarquía. Participación y oposición*. Tecnos: Madrid.
- Deutsch, K. (1963). *The Nerves of Government. The Models of Political Communication and Control*. New York. Free Press of Glencoe.
- Downs, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper.
- Easton, D. (1953). *The Political System: an Inquiry into the State of Political Science*. Knopf: Nueva York.
- Goodin R. and H.K. Klingemann (1996). “Political Science: The Discipline” en *A new Handbook of Political Science* (hay traducción al español)
- Gray, E., W. Jennings, S. Farrall y C. Hay (2015). “Small Big Data: Using multiple data-sets to explore unfolding social and economic change”. *Big Data & Society* 2 (1): 1-6
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder: Madrid.
- Hatemi P. K., E. Byrne y R. MacDermott (2012) “What is a gene and why does it matter for political science? *Journal of Theoretical Politics*. 24 (3): 305-327.
- Huntington, S. [1972] (1996). *El orden político en las sociedades en cambio*. Planeta: Barcelona
- Huntington, S. [1993] (1994). *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Paidós: Barcelona.
- Huntington, S. [1996] (2005). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós: Barcelona.
- King, G., R. O. Keohane y S. Verba (2000). *El diseño de la investigación social. La inferencia científica de los estudios cualitativos*. Alianza Editorial: Madrid.
- King, G. (en prensa). “Preface: Big Data is not about the Data”. En M. Álvarez.

Computational Social Science: Discovery and Prediction. Cambridge University Press.

Kitchin R. (2014). "Big Data, new epistemologies and paradigm shifts". *Big Data & Society* 1 (1): 1-12

Landman, T. (2011). *Política comparada. Una introducción a su objeto y métodos de investigación*. Alianza Editorial: Madrid.

Lijphart, A. (1989). *Democracia en las sociedades plurales. Una investigación comparativa*. Grupo Editor Latinoamericano: Buenos Aires.

Lyon, D. (2014). "Surveillance, Snowden, and Big Data: Capacities, consequences, critique". *Big Data & Society* 1 (2): 1-10

March, J. G. y J. P. Olsen (1984). "The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life". *American Political Science Review* 78 (3): 734-749.

March, J. G. y J. P. Olsen (1989). *Rediscovering Institutions: the Organizational Basis of Politics*. The Free Press: Nueva York.

Monroe, K, R. (ed.) (1997). *Contemporary Empirical Political Theory*. University of California Press. Berkeley.

Nohlen, D. (2007). *Instituciones políticas en su contexto. Las virtudes del método comparado*. Rubinzal-Culzoni Editores: Buenos Aires.

North, D. G. (1990). *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge University Press: Cambridge.

Olson, M (1992). *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*. Limusa: México.

Pierson P. y Theda Skocpol (2008). "Institucionalismo histórico en la Ciencia Política contemporánea". *Revista Uruguaya de Ciencia Política* 17: 7-38.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica: México.

Pinto, Julio (1995). *Introducción a la ciencia política*. EUDEBA: Buenos Aires.

Quan-Haase, A., K. Martin y L. McCay-Peet (2015). "Networks of digital humanities scholars: The informational and social uses and gratifications of Twitter". *Big Data & Society* 2 (1): 1-12

Rainer B.; D. della Porta; I. Lago; y C. Ungureanu. (2012). "¿De las "guerras" metodológicas al pluralismo metodológico?" *Revista Española de Ciencia Política* 29: 11-38.

RELACIP (2010). *La enseñanza de la Ciencia Política en las universidades de América*

Latina. Editorial Ciudad Gótica: Rosario.

Rihoux, B. y C.C. Ragin (2009). *Configurational Comparative Methods. Qualitative Comparative Analysis (QCA) and Related Techniques*. Sage: Thousand Oaks.

Rosanvallon, P. (2010). *La legitimidad democrática: Imparcialidad, reflexividad y proximidad*. Paidós: Barcelona.

Rosanvallon, P. (2016). *Le bon Gouvernement*. Seuil: Paris.

Sartori G. (2002). "La política como ciencia", en G. Sartori. *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica. México. Tercera Edición. Págs. 225-260

Sartori G. (2004). ¿Hacia dónde va la Ciencia Política? *Política y gobierno* 11 (2): 349-354.

Schatz E. y E. Maltseva (2012). "Assumed to be Universal: The Leap from Data to Knowledge in the American Political Science Review". *Polity*, 44 (3): 446-472.

Slipak D. (2012). "Entre aporías y prescripciones. Una reflexión sobre la historia conceptual de lo político propuesta por Pierre Rosanvallon". *Foro Interno* 12: 61-80.

Tanaka, M. Y E. Dargent (eds.) (2015). *¿Qué implica hacer ciencia política desde el sur y desde el norte?* Pontificia Universidad Católica de Perú: Lima.

Vallés, J. M. y S. Martí (2015). *Ciencia política. Un manual*. Ariel: Barcelona.